

JEAN FRANÇOIS BILLETER

## *China: ¿qué crisis?*

Para quien sabe hablar chino,\* China se ha convertido desde hace algunos años en un gran libro abierto que basta con leer o, más bien, que los chinos le leen a uno. Creo que todos los chinos con quienes he hablado durante estos últimos años, tanto dentro del país como fuera de él, comparten mi sentir: es particularmente difícil interpretar la situación actual de esa nación. Recuerdo una discusión muy animada que tuve durante el otoño de 1979, en Pekín, con un joven que fue Guardia Rojo, que jugó un importante papel en una memorable toma del poder, que ingresó más tarde al partido y que, para entonces, era ejecutivo en una fábrica, cosa que no le impedía seguir sintiéndose solidario con una parte de los opositores que, en esa época, utilizaban los muros de la democracia como forma de expresión. "Dígame usted, le pregunté, ¿qué piensa de la sociedad en la que vive, que es socialista o que está en transición hacia el socialismo?" "Ni una cosa ni la otra, téngalo por seguro", me contestó. "Pero, y entonces, proseguí, ¿qué nombre debe dársele a esta sociedad?" "No tengo ni la menor idea", me dijo —y no dijo esto por no haber pensado nunca en ello. Sin embargo, lo que era evidente, tanto para él como para sus compañeros era, por una parte, que el ritmo con el que se estaban produciendo los cambios era extremadamente lento; —"es, me decía él, como el ritmo de un burrito que trata de avanzar pero que muy a menudo se niega a hacerlo"— y, por la otra, que este ritmo era a veces tan lento que uno se preguntaba si realmente existía cambio alguno. Esta sensación era compartida por un chofer de taxi de Hong Kong quien, demostrando poseer un sentido muy chino de la litote, llegaba a la siguiente conclusión: "¿Qué quiere usted?: somos relativamente numerosos, y nuestra historia es relativamente larga."

### Las tareas que no se han cumplido

Este estado de ánimo es reciente. Durante casi treinta años el nuevo régimen se presentó como el régimen del cambio. En los años cincuenta emprendió una serie de reformas importantes: el cambio era absolutamente real. Más adelante, después de 1957, las reformas cesaron y empezaron a surgir

© *Commentaire*

\* Las páginas que a continuación leeremos son la versión abreviada de un estudio que aparecerá próximamente en *Sociétés Asiatiques: mutations et Continuités*, obra que será publicada por el Institut Universitaire des Hautes Etudes Internationales de Genève y las Presses Universitaires de France. Esta obra es a su vez producto de un ciclo de conferencias que se llevaron a cabo en Ginebra durante el invierno de 1982-83. Estas páginas contienen las reflexiones de un sinólogo que no es en lo más mínimo un especialista de la actualidad china, pero que vivió en China y que, desde entonces, ha estado haciendo visitas cortas a ese país.

ciertos bloqueos; se empezó a sentir que había algunas tensiones; éstas dieron lugar a las luchas de tendencias, y luego, a las luchas de fracciones. Durante casi veinte años y hasta la muerte de Mao Tse-tung, acaecida en 1976, la agitación y la inestabilidad fueron permanentes dentro de la esfera política. Uno tras otro se fueron sucediendo los llamados a la lucha y las campañas. En este sentido, el "cambio" quedó pendiente. La muerte de Mao Tse-tung provocó aún más trastornos. Sin embargo, todo pareciera indicar que el escenario va cambiando a medida que pasa el tiempo. En contraste con las pasiones y los furros que dominaron la vida política durante veinte años, los cambios que realmente tuvieron lugar durante todo ese periodo hoy parecen ser muy reducidos y, en algunos campos cuya necesidad de evolucionar era urgente, incluso nulos. La China de hoy parece vivir con la impresión de que, durante ese agitado periodo, no avanzó en lo más mínimo.

Este descubrimiento lleva a un profundo cambio de perspectiva. A lo largo de casi treinta años, la ideología revolucionaria le proporcionó a la mayoría de los chinos una visión coherente de la realidad social china, de la historia de la revolución, de la historia a secas; en una palabra, del lugar que ocupa China en el mundo. La razón que explica que esta ideología haya logrado imponerse a tal grado es que respondía no solamente a una necesidad del nuevo poder por legitimarse, sino también a una necesidad de identificación colectiva. Lo que sorprende en esta ideología es que, teniendo por vocación la de justificar la lucha, el cambio y el progreso, mostraba a la vez una notable firmeza. Sus grandes protagonistas eran abstracciones puras: una especie de esencia que se sustraía a las vicisitudes de la historia. Se trataba del pueblo y de sus enemigos, de la burguesía y del proletariado, de los propietarios de tierras y de los campesinos pobres y medianamente pobres, del partido y de las masas, etc. En el plano interno, la identidad social se veía reafirmada por medio del ritual de la exclusión de los enemigos de clase, de los agentes infiltrados. Con respecto al pasado, esta identidad se veía reafirmada en la condena ritual a un pasado corrupto. Frente al mundo externo, esta identidad encontraba su reafirmación en la moralidad suprema que necesariamente caracterizaba a un pueblo comprometido con una auténtica revolución. Esta triple identificación jugó un papel muy importante. Pero la ideología que se inspiraba en ella tuvo también consecuencias negativas e incluso catastróficas: la reafirmación de la identidad revolucionaria que se lograba por medio de la expulsión de los enemigos de clase empezó a rayar en lo absurdo —y en lo trágico— durante la revolución cultural; la lógica a la que obedecía la condena del pasado se desbocó, y sus efectos resultaron ser profundamente destructivos. La reafirmación, ante el mundo, de una realidad suprema también adoptó formas aberrantes que

aislaron peligrosamente a China. En fin: estos distintos mecanismos se conjugaron con algunos factores más para hundir al régimen y a la nueva sociedad en una crisis sin precedentes.

A partir de ahora una cosa es segura: esta gran crisis demostró cuáles podían ser los efectos perversos producidos por la ideología revolucionaria y arruinó para siempre su credibilidad. Fue necesario entonces que los dirigentes se decidieran a abandonarla y a sustituirla por algo distinto. Algunos de ellos, representados por Deng Xiaoping, con gran rapidez y franqueza decidieron hacerlo. Otros dudaron y trataron de dar marcha atrás ante el paso que era necesario franquear. Todavía hoy, estos últimos se oponen a la nueva orientación por considerarla peligrosa. Es preciso decir que esta nueva orientación no deja de parecer problemática. Está enteramente basada en una gran idea: la de la modernización. Todas las ideologías son llamadas a concurrir a la realización de dicho objetivo. De hoy en adelante, todo lo que adopte el sentido de la modernización es bueno y todo lo que le sea contrario es malo. El problema es que, entre esta nación tan abstracta y su experiencia cotidiana, la mayoría de los chinos sólo pueden establecer vínculos muy indirectos; además, esta noción no puede proporcionar en lo más mínimo el principio de una identificación colectiva: de ella no puede extraerse ninguna representación de la realidad social. La ideología revolucionaria era simplista y hasta peligrosamente simplificadora, pero ella sí cumplía con esta función. La modernización, por el contrario, ahora que ha sido elevada al rango de gran objetivo nacional, le arrebató a China esa cara en la que ésta se había acostumbrado a reconocerse. Le arrebató también su identidad con respecto al mundo externo, por lo menos aquella identidad que China había construido bajo el nuevo régimen: ya no es más que una nación que, bajo condiciones difíciles, se esfuerza por lograr algo que otras naciones ya lograron, y que ella aún no ha definido siquiera. El cambio de perspectiva modifica con igual profundidad su relación con el pasado. En la época maoísta, China podía mirar a su pasado como si la victoria de la revolución lo hubiese abolido (virtual o efectivamente). Hoy, por el contrario, se siente cada día más presa de ese pasado, presa en la misma medida en la que trata de liberarse de sus garras, pero aún duda si lo logrará. Mientras que, todavía durante la era maoísta, podía uno creer que el pasado había sido abolido, ahora el peso que tiene sobre la conciencia de los vivos es muy grande. Este pasado es percibido hoy, con más razón, como un factor negativo, ya que se supone que la modernización no nace de una prolongación suya, sino de la introducción, en China, de soluciones extranjeras que han sido desarrolladas en otras partes del mundo.

En cierto sentido, China se encuentra nuevamente en la situación subjetiva en la que se encontraba a principios del siglo. A los ojos de los jóvenes intelectuales de la época, China era un inmenso imperio enfermo de su pasado y al que sólo una transformación radical podía salvar. La meta de la transformación la encarnaban las naciones desarrolladas (Japón, Estados Unidos y Europa Occidental). Las palabras claves de esta transformación eran la ciencia y la democracia que debían transfigurar a China tanto económicamente como social y moralmente. En el momento en el que los estudiantes radicales organizaban manifestaciones en favor de aquellas nuevas ideas y hacían que se estremeciera toda la opinión pública china en su conjunto —esto sucedía en 1919— Mao Tse-tung era un joven de veintitrés años.

Más tarde, Mao Tse-tung y sus camaradas alcanzaron a cumplir con algunos de los grandes objetivos que se habían planteado: China se liberó de la dominación extranjera, se unificó, se dotó de un Estado totalmente capaz de defender su independencia y su posición dentro del concierto de las naciones. En algunos de los objetivos, el éxito logrado fue menor: por varias razones y a pesar de los enormes esfuerzos invertidos, el desarrollo económico siguió siendo modesto y sus resultados quedaron prácticamente anulados por el crecimiento demográfico cuyos efectos catastróficos sus dirigentes no supieron prever. De acuerdo con la opinión de mucha gente, en lo que toca a la ciencia y a la mediocridad queda lo más importante por hacer. China forma hoy a un número incomparablemente mayor de sabios, de ingenieros y de técnicos que en el pasado. Pero este número es aún altamente insuficiente, y la introducción de los métodos científicos se topa, sobre todo en el caso de la administración, con obstáculos de carácter propiamente económico, pero también con importantes obstáculos sociales y políticos. Lo mismo, aunque a grandes rasgos, se puede decir acerca de la introducción de ciertos métodos democráticos. Pero si algunas de las grandes consignas de 1919 conservan —o recuperan hoy en día toda su actualidad, las condiciones a las que se aplican han cambiado profundamente.

### Nuevos obstáculos

China posee un nuevo Estado fuerte y centralizado. Está dirigida por un partido también fuertemente centralizado y que cuenta con 40 millones de miembros: en la escala del resto del mundo este partido constituye, por sí solo, una verdadera nación. A pesar de que recientemente se han hecho algunos esfuerzos por disociar un tanto al Estado y al partido, éstos se encuentran profundamente interpenetrados y forman un aparato burocrático imponente. Bajo el impulso de sus actuales dirigentes, y como respuesta a una reivindicación urgente y muy generalizada entre la población, este aparato se propone como meta guiar a los chinos por el camino de la modernización —es decir, del desarrollo. El problema es que parece ser que el propio partido constituye el principal obstáculo para la realización de dicho objetivo. Varias son las razones de esto; trataré de describirlas brevemente.

La primera de estas razones es que una verdadera modernización le exige a la burocracia, y esto sobre todo dentro del terreno económico, que se someta a ciertos controles, que se someta a una medida objetiva de su actividad; en resumen: que se someta a una disciplina a la que no está acostumbrada y ante la cual nada la dispone a someterse. Los burócratas son, por vocación, especialistas en el ejercicio del poder político. Se han acostumbrado a ejercer este poder a su manera y no están dispuestos a aceptar criterios que no sean de orden político y que no hayan sido definidos por sus homólogos. Este mismo problema fue planteado en términos muy distintos pero de una manera muy explícita por el mariscal Ye Jianying durante el otoño de 1979, como parte de su discurso de conmemoración del 30 aniversario de la República Popular China. El mariscal citaba un viejo texto de Mao Tse-tung en el que éste decía: "Si los miembros de nuestro partido comunista no le prestan atención a la industria y a la economía y no conocen ninguna profesión que sea de utilidad, si son totalmente ignorantes e incompetentes en estos terrenos y no saben hacer otro trabajo que no sea el "trabajo revolucionario" abstracto, estos revolucionarios no



tienen ningún valor. No queremos a estos revolucionarios de palabra, debemos iniciarnos en el aprendizaje de todo tipo de conocimientos técnicos que son necesarios para la industrialización de China." Y Jianying añadía: "En la actualidad, este problema se está planteando con particular agudeza".<sup>1</sup> Los dirigentes de hoy están plenamente conscientes de cuál es la dificultad; ésta reside en el hecho de que la inmensa mayoría de los funcionarios está muy mal preparada para adquirir una segunda formación y, en este terreno, corre el riesgo de verse obligada a bajar la cabeza ante los intelectuales, los técnicos y los administradores que no son miembros del partido. La preeminencia del partido podría verse indirectamente amenazada por esto, cosa a la que, por supuesto, los funcionarios le temen más que a cualquier otra. Se resisten a aceptar las nuevas exigencias y cada vez que pueden, reafirman la primacía de lo político, lo político tal y como ellos lo encarnan, sobre cualquier prioridad puramente técnica. En China es posible observar día a día las manifestaciones de esta actitud. Valga la siguiente anécdota de muestra: cuando durante el verano de 1975 tomaba en Pekín un avión hacia Cantón, me tocó sentarme al lado de un oficial superior de la marina. Era un hombre entrado en años, tenía una gran prestancia y sus modales mostraban que estaba acostumbrado al mando. En el momento en el que debíamos ponernos los cinturones de seguridad, él no movió un dedo para hacerlo. Una joven azafata que recorría el avión para asegurarse de que todo el mundo se había abrochado el cinturón, se dio cuenta de que el oficial no lo había hecho, dudó un instante y, sin embargo, se dirigió a él. Él permanecía inmóvil. Ella le explicó que, como todo el mundo, él también debía abrocharse el cinturón, a lo cual él, en un tono paternal, pero que no daba lugar a réplica alguna, le contestó: "Deje, deje, estoy acostumbrado al

avión..." La azafata ya no se atrevió a insistir.

Llegamos así a la segunda de las razones que iba yo a describir: aun si los funcionarios aceptaran en su mayoría someter su actividad a los criterios racionales objetivamente comprobables, lo cual los convertiría en los promotores activos de una modernización real, nada asegura que tendrían la autoridad suficiente como para imponerles ese tipo de disciplina a aquellos que dependen de su administración. La sociedad china está sufriendo una grave crisis de autoridad, palpable en casi todos los terrenos. Las pruebas de esto abundan en las conversaciones cotidianas. Un chofer de taxi que nos llevaba de Kaifeng a la ribera del Río Amarillo, que queríamos conocer, nos hablaba de su trabajo. Durante muchos años había sido soldado; habría podido llegar a oficial, pero había preferido volverse chofer. "Y es que hoy, nos explicaba (era 1980), no es bueno ser jefe. La gente ya no obedece." Otra anécdota: este verano, en la Universidad de Pekín en la que me alojaba, la mayoría de los estudiantes que acababan de terminar sus estudios habían dejado el campus para distribuirse por toda China, en los lugares a los que habían sido asignados. Sólo un centenar se encontraba aún en la universidad esperando saber a qué lugar se les había asignado. Resulta que su destino iba a ser el de dar clases, pero no en las ciudades de provincia, como lo fue para sus compañeros, sino en pueblos que se encontraban muy alejados de los suburbios pekineses. La dirección de la universidad no se atrevía a darles esta mala noticia ya que temía que protestaran y se negaran a obedecer. Lo que la dirección buscaba era lograr que el gobierno de Pekín se encargara de pasarles a los estudiantes esta información. El gobierno, por su parte, se negaba a cumplir ese papel y le devolvía la pelota a la universidad. Los días pasaban y los estudiantes se preguntaban qué suerte les habrían reservado. No sé cómo se resolvió por fin este asunto. Pero de cualquier modo, esta situación es característica de un malestar que reina en todas partes y del que puedo ofrecer un ejemplo más: el responsable de la formación de las enfermeras y de las ayudantes del laboratorio de un gran hospital que se había formado en los años 50, me decía que hoy ya no era posible exigirles a las practicas lo que se les exigía hace treinta años. Me confesó que la degradación de su profesión y la indiferencia creciente de la joven generación en materia de ética profesional le habían acarreado durante mucho tiempo muchas preocupaciones, pero que, finalmente, había abrazado la idea de que, después de todo, los tiempos habían cambiado y era inútil desgastarse en una lucha sin esperanzas; desde entonces vivía más tranquilo.

Esta grave crisis de autoridad está ligada a lo que podríamos llamar un fenómeno colectivo de resistencia pasiva —resistencia pasiva que se convirtió en reflejo, costumbre, segunda personalidad, y a la cual yo le pondría más bien el nombre de "defensa de los intereses negativos". Por "interés negativo" entiendo el derecho de no respetar más que un mínimo de disciplina, el derecho de no hacer más que un mínimo de esfuerzo, el derecho de no tomar más que un mínimo de responsabilidades. Casi todo el mundo se arroga este derecho y, por ello, casi todo el mundo se ve obligado a reconocérselo a los demás. Frecuentemente se tiene la impresión de que un acuerdo tácito se ha establecido, en este sentido, entre la población y los funcionarios: la población respeta el poder de los funcionarios en la misma medida en la que éstos respetan los intereses negativos de la población. De este acuerdo surgen, por un lado, un *status quo* político muy apreciado por los funcionarios y, por el otro, una de-

1. *Beijing Information*, 8 de octubre de 1979, p. 32



gradación manifiesta de la ética profesional y del espíritu público. El siguiente ejemplo puede, me parece, servir para ilustrar lo anterior: como la calidad del servicio en los hoteles para extranjeros de la capital deja cada vez más que desear, la municipalidad de Pekín promulgó, durante el verano de 1980, un código de conducta profesional que todo el personal debía comprometerse a respetar. En caso de grave negligencia, se precisaba, los encargados del hotel tenían el derecho a despedir al empleado en cuestión. Esta cláusula era una verdadera revolución. Unos días más tarde, el *Cotidiano de Pekín*, que había publicado dicho código de conducta en primera plana publicaba, nuevamente en primera plana, un reportaje sobre un caso que no había tardado en producirse. Esto, aparentemente, era una forma de demostrar que el código sería aplicado y que no se tolerarían las bromas. Pero el mensaje principal del reportaje planteaba exactamente lo contrario. En efecto: nos contaba que un empleado había sido despedido porque había agredido a un colega con un cuchillo de cocina de buen tamaño. Para quien sabía leer entre líneas, esto significaba que había que llegar hasta tales extremos para que el código pudiese ser aplicado y que, por lo tanto, en esencia, es decir en lo que tocaba a la rutina cotidiana, nada cambiaría. No sé cómo, pero la defensa de los intereses negativos se había impuesto, y se había establecido un compromiso que le era manifiestamente favorable a la base. No creo que pueda uno pasarse un tiempo en China sin presenciar día a día sucesos que ejemplifican esta mentalidad. Es bien sabido que las fábricas de televisores construidas en China por la Sony y la Philips pagan doble sueldo; sin embargo, algunos de los jóvenes obreros calificados que podrían entrar a trabajar en ellas prefieren no hacerlo por la disciplina que éstas les exigen a sus trabajadores.

El tercer factor que se opone a la modernización de las relaciones económicas tiene que ver con la generalización de lo que podríamos llamar los "intercambios por reciprocidad directa". En un gran número de situaciones, una persona no acepta hacerle un favor a otra más que si ésta, a su vez, le puede prometer que le devolverá un favor equivalente. Este comportamiento juega un papel creciente en el aprovisionamiento, en la obtención de viviendas, de lugares en las buenas escuelas, de consulta y de medicinas en los hospitales, de facilidades en los medios de transporte. En la China de hoy, se escucha frecuentemente que, fuera de los médicos y de los choferes, los miembros del partido son los que están mejor parados para conseguir todo lo que pueden necesitar. Y es claro que, a cierto nivel, este tipo de comportamiento puede ser visto como un método racional muy eficaz en la administración de la escasez; la reciprocidad es una vieja tradición china y, en muchas sociedades tradicionales, constituye un principio económico fundamental. Sin embargo, al ser practicada en esta forma, la reciprocidad obliga a la gente a dedicarle una parte a veces muy importante de su tiempo y de sus recursos con el objeto de que se desarrollen y de que se mantengan las relaciones útiles. Y dentro del tejido de la sociedad, esta tradición hace que se multipliquen las redes del vasallaje que constituyen otros tantos obstáculos para la extensión de una racionalidad económica moderna. Y cuando el procedimiento del intercambio por reciprocidad directa se extiende hasta esferas más elevadas, como por ejemplo la de la administración económica o la del poder local, puede provocarse una parálisis completa de las instituciones. Liu Binyan, un escritor muy conocido hoy en día en China, nos proporciona un ejemplo edificante de lo ante-

rior en un reportaje titulado *Entre hombres y demonios*, que apareció en una revista de Pekín en 1979 y que fue publicada en francés el año pasado dentro de una recopilación de textos titulada *La face cachée de la Chine* (La cara escondida de China).<sup>2</sup> Al final de su reportaje, Liu Binyan nos hace notar que el importante fenómeno de la corrupción que tan minuciosamente nos ha descrito (en su obra), no es más que un pequeño y único ejemplo: "El fenómeno de la corrupción de Wang Shouxin ha sido dilucidado, concluye. Pero, ¿habrán cambiado realmente las condiciones sociales que dieron lugar a que esto sucediera y a que prosperara un Wang Shouxin? ¿No existirán aún en cada uno de los rincones del país pequeños y grandes Wang Shouxin que siguen royendo el socialismo, que siguen infectando el organismo del Partido sin ser sometidos al castigo de la dictadura del proletariado? ¡Hay que estar alertas! Todavía no es tiempo de cantar victoria."

Un cuarto factor hace que la generalización de lo que nosotros entendemos por racionalidad económica sea difícil. Se trata simplemente del exceso en el número, de la cantidad de empleos que habría que suprimir para que cada trabajador que fue empleado, ya sea en la producción o en los servicios, produzca con lo que, de acuerdo a nuestros criterios, sería una alta rentabilidad, y pueda al mismo tiempo responsabilizarse plenamente de lo que hace. El excedente hace que se diluya, en efecto, la responsabilidad individual. Un proverbio chino dice que, cuando se le encarga a un monje que vaya al pozo, vuelve con dos cubetas de agua (una en cada extremo de su palanca), que cuando son dos los monjes a los que se envía al pozo, vuelven con una sola cubeta (cargándola suspendida entre los dos) y que, cuando son tres los monjes que van al pozo, uno puede estar totalmente seguro de que nunca obtendrá el agua que pidió. En el caso de China este proverbio es absolutamente real, y el excedente se manifiesta en casi todas partes; se plasma ante el viajero desde los primeros pasos que da al aterrizar en el aeropuerto de Pekín: por todas partes, grupos de empleados jóvenes, uniformados pero visiblemente desocupados, lo miran a uno pasar mientras platican entre sí con gran tranquilidad. La charla es algo muy común. Y en la universidad en la que me alojé el año pasado me impresionó la cantidad de obreros que construían simultáneamente una especie de jaula para bicicletas frente al edificio destinado a los estudiantes extranjeros. Los conté: eran diecinueve. El excedente es también elevado en los escalones de mando. Un hospital de Pekín que contaba, antes de la Revolución Cultural, con dos directores, ahora —aunque el hospital no se haya desarrollado en lo más mínimo— tiene cinco. Dudo mucho que la institución funcione mejor por tener más directores.

### Las condiciones del cambio

El conjunto de los factores que acabo de enumerar contribuye a producir una situación difícilmente descriptible que está marcada por un apoliticismo general, una falta de perspectiva, una búsqueda de las ventajas inmediatas, fenómenos que siempre van de la mano con lo que he llamado aquí la defensa de los intereses negativos. En lugar de que las energías se conjunten para lograr una meta más elevada, más bien parecen dispersarse o anularse las unas a las otras y, de esta confusión, nada parece poder emerger. La modernización se vuelve una palabra demasiado importante. Sin em-

<sup>2</sup> Ediciones Pierre-Emile, París, 1981.

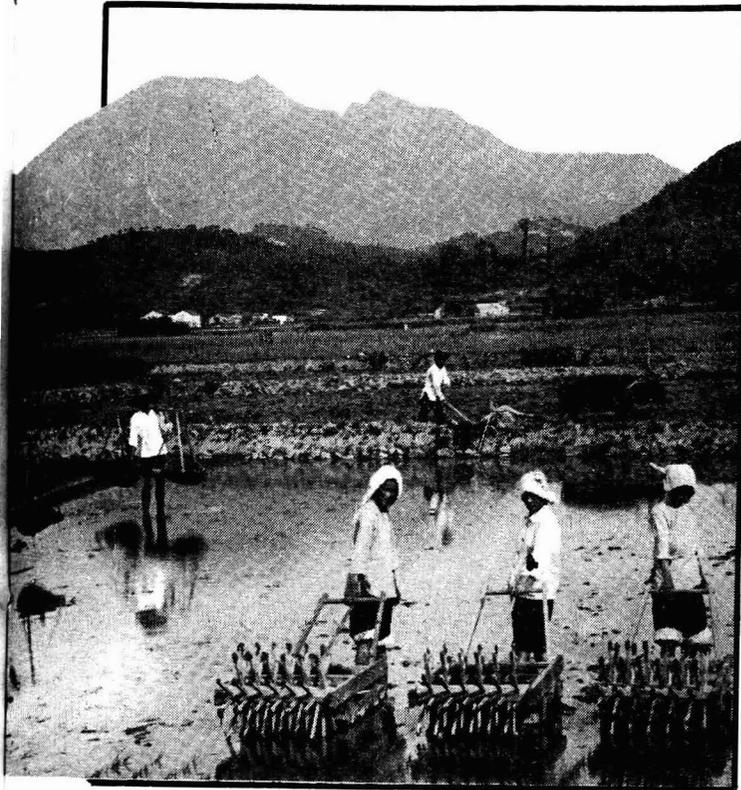
bargo, el hecho de que haya ausencia de mucho movimiento no significa que nada se mueva. La circulación aumentó mucho en Pekín. En todas partes se levantan edificios que, después de la destrucción de los muros y de las puertas de la ciudad, terminan de borrar el recuerdo de lo que fue, durante más de un milenio, una de las más bellas capitales del mundo. El anonimato de los grandes conjuntos se conjuga con el desempleo de los jóvenes y la delincuencia juvenil, para crear un problema de seguridad que ha llegado, en ocasiones, a ser inquietante. La contaminación aumenta: el cielo ya perdió la admirable transparencia que tenía todavía hace diez o quince años. Por otro lado, la reaparición de los pequeños trabajos trajo de vuelta la animación a las calles. La libertad que se les ha dado a los jóvenes desempleados para que echen a andar algunos servicios, suscita de vez en cuando innovaciones afortunadas que llenan —aunque todavía con una gran timidez— el hueco que deja un cruel subinstrumental social. Los mercados libres florecen y crean, entre la población de las ciudades y entre los campesinos de las provincias cercanas y no tan cercanas, relaciones provechosas. Estos mercados son un espectáculo reconfortante: ahí vemos a los campesinos exponer con un cuidado meticuloso productos que, en ocasiones, son realmente magníficos —pirámides de duraznos, montoncitos de hierbas medicinales bien clasificadas, carpas que aún no han dejado de respirar, piedras para hacer tinta talladas en piedra negra, objetos de madera y de bambú. El contraste de estos mercados con la incurable morosidad de las tiendas del Estado es como para quedarse verdaderamente pasmado.

Muchas cosas se están moviendo entonces, para bien o para mal, pero la duda persiste: ¿se habrán reunido realmente las condiciones necesarias para una verdadera modernización? Los que se plantean esta pregunta saben bien que China no se distingue de las naciones desarrolladas sólo por su menor grado de desarrollo: también la separan de ellas, hoy en día, importantes diferencias sociopolíticas y culturales. Un amigo diplomático que hace cuatro o cinco años acompañaba a una delegación ministerial china en su visita a Bélgica, obtuvo un claro ejemplo de lo que significa esta distancia. Era la época en la que Deng Xiaoping empezaba a imponer su política de apertura y deseaba, parece ser, que el mayor número posible de responsables gubernamentales tomara conciencia de las realidades del exterior, sobre todo de las de los países desarrollados. La delegación estaba formada por más de veinte altos funcionarios. Sus anfitriones los llevaron a visitar el puerto de Anvers con cuya dirección la delegación china pidió entrevistarse. Cuál no sería su sorpresa al descubrir que el tamaño de esta dirección no tenía, desde el punto de vista de los chinos, ninguna relación con el impresionante espectáculo que presentaba el gran puerto: la suya era una administración modesta encargada de organizar la circulación de los barcos y el cobro de los impuestos. ¿Será posible —han debido preguntarse los chinos— que la febril actividad de las tripulaciones, de los conductores de grúas, de los cargadores, de los almacenistas, de los transportistas, de los camioneros, de los ferrocarrileros, y detrás de ésta, la de los armadores, los negociantes, los aseguradores, etc., se desarrolle solita, sin necesidad de que una instancia central la regule? Ante sus ojos se extendía una intensa actividad que, en lugar de depender de una jerarquía única, responsable de todo, estaba regida únicamente por el efecto de las innumerables decisiones adoptadas por los agentes económicos autónomos, en base a una información libremente disponible. Era obvio que esta acti-

vidad colectiva no necesitaba en lo más mínimo de una jerarquía que la controlara en su totalidad, incluso podría ser incompatible con el principio de una jerarquía de este tipo, mientras que la vocación de la jerarquía china, la del partido, es precisamente la de reunir bajo su mando, dirigir y controlar, al conjunto de la actividad social. Si confiamos en las impresiones de mi amigo, el asombro de los funcionarios chinos era el resultado de una especie de choque cultural, producido por el repentino descubrimiento de un mundo insospechado y radicalmente distinto del suyo.

Esta especie de choque es un estimulante irremplazable para la reflexión. Sin embargo, a pesar de que el número de chinos que viven esta experiencia aumenta, gracias a la apertura del país y a la intensificación de los intercambios, en su país estos ciudadanos no pasarán nunca de ser una ínfima minoría. China es demasiado grande para verse colectivamente sometida a un choque cultural cuyos efectos la transformen. Sus dimensiones la condenan a tener que sacar de su propio caudal, a tener que encontrarse a través de sus propios tanteos, las soluciones a los problemas que la asaltan. En una época en la que los intercambios de todo tipo crecen tan rápido entre las distintas partes del globo, todo esto constituye una desventaja considerable. Sin embargo, a largo plazo —¿quién sabe?— esto también podría transformarse en una fuerza. Por lo pronto el régimen político, las estructuras sociales y las mentalidades, son otros tantos obstáculos de peso en el éxito de una rápida transformación. El culto a la autoridad, el placer del secreto, una circulación absolutamente insuficiente de la información y muchos elementos más, contribuyen a mantener al individuo bajo tutela. La organización (escuela, oficina, empresa, brigada, etc.) en la que cada chino trabaja, constituye también el marco de su vida social y política. Esta “organización” controlada por el partido tiene, sobre todos los aspectos de su vida privada, derechos que, desde nuestro punto de vista y para hablar en términos jurídicos, lo reducen a una condición de menor de edad que se prolonga indefinidamente. Dos jóvenes no pueden, por ejemplo, casarse sin la autorización de sus respectivas “organizaciones”. Un amigo sinólogo que trabaja en Pekín, hacía una muy justa observación sobre esto cuando decía que la ley de 1950 que rige el matrimonio y que les prohibió a los padres arreglar de antemano el matrimonio de sus hijos, no abolió realmente el “matrimonio feudal” como se pretendía hacerlo y que, si el partido quería desarrollar una verdadera obra revolucionaria, debía completarla con una nueva ley que liberara a los jóvenes de la tutela “feudal” de la “organización” llamada en chino *danwei*. Al principio de la Revolución Cultural, algunas formaciones de Guardias Rojos exigieron el derecho de poder comunicarse libremente entre una unidad y otra, y lo obtuvieron. Dadas las características del sistema, este derecho a la libre comunicación horizontal era revolucionario. Desgraciadamente no pudo realizarse más que de una forma muy efímera. Podríamos hacer muchas otras observaciones análogas que aclaran cuáles son las estructuras sociales actuales y revelan cuán distintas son de aquellas que se desarrollaron en nuestras sociedades occidentales.

Al vacío creado por el fracaso de la ideología revolucionaria se añade, por lo tanto, la incertidumbre que existe en torno a las posibilidades de éxito de la modernización. Junto con los dogmas desaparecieron todas las certezas que se habían convertido, con el tiempo, en el horizonte que llegó a serles familiar aun a aquellos que no creían en ellas. Al mismo tiempo, las perspectivas para el futuro se esfumaron



dentro de una bruma indescifrable. Lo que queda es el presente, una realidad actual muy problemática y compleja. El año pasado me impresionó mucho la pasión con la que un colega chino defendía ante mí la idea de que los jóvenes delincuentes, es decir, los jóvenes desempleados arrestados por delitos del orden común, no eran seres pervertidos y antisociales, sino las víctimas de la sociedad. Esta idea es totalmente nueva en China, y apenas empieza a abrirse paso. Es preciso decir que los problemas que plantea la joven generación son graves. Esta generación, educada durante la Revolución Cultural y los negros años que la siguieron, asistió a la escuela del cinismo y del disimulo, a la de la ley del más fuerte, e incluso a la de la ley de la violencia. Los padres y los maestros, los adultos en general, se sentían todavía muy intimidados en esa época como para jugar el papel que les correspondía, que era el de ser educadores. Esta juventud creció en el periodo en que las universidades estuvieron cerradas o en el que, bajo los efectos de la "reforma" que de él surgió, los programas se vieron reducidos a una indigencia desoladora. Esta juventud adoptó ciertos hábitos que, en muchos casos, la incapacitan para jugar el papel que le toca jugar dentro de la gran tarea colectiva de la modernización.

### El imposible recurso al pasado

Mucha gente resiente profundamente la crisis moral de la que estoy hablando, y las autoridades admiten abiertamente su existencia. Los dirigentes del partido repiten insistentemente que la creación de una nueva "cultura espiritual" (*jingshen wenming*) se ha vuelto una de las tareas prioritarias. Han abierto una "Sociedad de Estudios Éticos" que funciona en un plano nacional, y varias sociedades del mismo tipo en las provincias. Han organizado conferencias, coloquios y debates pero, de acuerdo con los informes que leí en la prensa acerca de estos eventos, nadie parece saber bien en qué consistirá esta "nueva cultura espiritual", ni en cuál de sus

aspectos será socialista. La gran tentación está evidentemente en el regreso a las tradiciones, en particular en el retorno a la tradición de Confucio, algunos de cuyos elementos siguen aún vivos en la mentalidad de una parte de la población. Algunas de las recientes películas están en efecto marcadas por la moral confucionista. Una de ellas<sup>3</sup> cuenta un drama familiar en el campo y muestra cómo la familia había logrado reconquistar su unidad gracias a la abnegación de dos o tres de los personajes. La historia está tratada como comedia. La película está bastante bien hecha y —cosa inusitada— no contiene ni la más mínima alusión a ningún tipo de moral socialista ni a la revolución; ningún funcionario interviene para tratar de acabar con la desavenencia. El hecho de que una película como ésta sea de actualidad se debe a que, sobre todo en las ciudades, las estructuras familiares tradicionales están siendo progresivamente reemplazadas por la familia nuclear y también a que, siendo que las viejas formas de solidaridad se están relajando, en un número de casos que cada vez es mayor, las parejas jóvenes tienden a hacerles poco caso a sus viejos padres. El drama familiar tratado en esta película tiene su origen en este tipo de egoísmo. El caso de otra película reciente<sup>4</sup> es quizás aún más interesante. Esta película traza el itinerario de un calígrafo en la China del siglo IV de nuestra era y describe la historia de los incansables esfuerzos realizados por el artista para profundizar en su arte, la lenta maduración de su carácter y los fabulosos episodios de su amor por una bella aristócrata. En esta película se expresa una concepción puramente tradicional de la formación del individuo. El relato contiene además un cierto número de elementos provenientes directamente de la tradición taoísta. Al final de la película, el joven calígrafo penetra los misterios de su arte gracias a la revelación que tiene una mujer —es muy característico que sea una mujer— que cultiva, no la caligrafía, sino la danza de la espada, y que le confiesa que ella descubrió los misterios de su propio arte a fuerza de vivir en la naturaleza salvaje y de dejarse penetrar por la belleza de los paisajes. La escena se desarrolla dentro de un hermosísimo marco natural del sur de China.

Estas dos películas muestran claramente la permanencia de ciertos temas tradicionales y la atracción que siguen ejerciendo sobre la gente. Como ya lo dije, el buscar así en el pasado remedios a la crisis en la que está hoy sumida la sociedad china es una fuerte tentación. Pero el partido no se atreve a adoptar esta vía ya que, como es obvio, el retorno al pasado no podría llevarse a cabo más que bajo la forma de un proceso sumamente crítico. Este retorno al pasado exigiría, nuevamente, un cuestionamiento general de las relaciones entre el presente y el pasado. Pero el partido se encuentra muy mal preparado para afrontar una tarea de tal magnitud. En el nivel cultural, este partido es, en su totalidad, el heredero de la generación de los jóvenes intelectuales iconoclastas del 4 de mayo de 1919, que estaban convencidos de que sólo una ruptura radical con el pasado podría salvar a China. El partido fue concebido desde sus orígenes como la encarnación de esta voluntad de ruptura. Entre sus tareas nunca consideró por lo tanto la de establecer cualquier tipo de continuidad entre el pasado y el futuro que deseaba construir. Y se siente intelectualmente desamparado cuando se ve obligado a admitir que la búsqueda de las soluciones a los problemas actuales puede encontrarse, aunque sea en

<sup>3</sup> Xi ying men, "La felicidad llena la casa"

<sup>4</sup> Bi zhong ging, "El amor de un calígrafo"

parte, en la historia "feudal" de China. El partido tiene la impresión de que aceptar lo anterior sería autonegarse, renegar de la tradición revolucionaria que le dio vida.

Todo esto produce un bloqueo extra que es realmente lamentable, ya que el pasado chino encierra grandes riquezas. Hace unos instantes hacíamos alusión al terreno de la ética. Evoquemos ahora el de la religión: el resurgimiento del sentimiento religioso se manifiesta, en las ciudades y en el campo, bajo distintas formas. No es raro ver de repente algunas ofrendas u oler el perfume del incienso que sale de algunos templos aún existentes y abiertos al público. En algunas regiones, en la de Fujian por ejemplo, la vida religiosa ha recobrado incluso cierta intensidad. En ella surgen de pronto templos nuevos contruidos gracias a los donativos de algunos chinos que viven en el extranjero. El Estado tolera pero vigila. Maldice, por ejemplo, el lamaísmo y el islam del Tíbet, de Xinjiang (Sinkiang) y de otras regiones. Sin embargo, la sociedad china en su conjunto está bastante alejada de sus tradiciones religiosas budistas, taoístas y demás. En las ciudades, muchísimos muchachos y muchachas se plantean preguntas acerca del sentido de la vida, acerca de la muerte y de la vida más allá de la muerte. Se plantean estas preguntas y se las plantean a los demás, pero no tienen ni los libros ni los interlocutores que podrían hacerles saber de las respuestas que se dieron en el pasado a dichas preguntas. Contrariamente a sus compatriotas que viven en extranjero, ellos no tienen lugares que les permitan sustraerse a las tensiones de la vida diaria y en los que se entreguen al ejercicio de algunos movimientos apaciguadores. Desde este punto de vista el contraste con Taiwán es impactante. En la isla, en el corazón de una economía capitalista en pleno auge y de una actividad comercial febril, subsisten en todas partes, en el interior de los templos, islotes gratuitos de recogimiento y de vida comunal espontánea. En la China Popular, por el contrario, el régimen destruyó sistemáticamente lo que quedaba de las estructuras comunitarias y religiosas, privando así a la sociedad civil de cualquier expresión de autonomía frente al Estado. El resultado de esto es sin duda alguna irreversible. Pero no está prohibido imaginar que, a la larga, la religión vuelva a jugar a pesar de todo un papel discreto.

Hay un aspecto más que merece ser evocado: se trata del de las concepciones jurídicas, el de las instituciones y estructuras sociales tradicionales que abundan en la historia. La idea de que un estudio a fondo de este aspecto del pasado podría quizás contribuir en cierta medida a la solución de los problemas actuales, empieza a ganarse su derecho en la ciudadanía. En el último capítulo de una obra dedicada al derecho chino de la época de los Tang y publicada el año pasado en Tianjin (Tientsin) por un especialista en la materia,<sup>5</sup> me encontré con que el autor defendía esta idea. Todavía en el pasado inmediato, nadie se había atrevido a sugerir, ni siquiera de una forma claramente indirecta, que el nuevo régimen podía verse beneficiado al inspirarse en algunos de los aspectos que caracterizaban a las instituciones de la época imperial. Sin embargo, a quien haya estudiado un poco de la historia de este país y que esté familiarizado con su presente, no le cabe ni la menor duda de que lo anterior es cierto. El Padre Huc, quien recorriera China a mediados del siglo pasado, observa en su *Imperio chino*<sup>6</sup> la extraordinaria intensidad que tenía la vida asociativa de los Chinos y

la diversidad de las funciones que las asociaciones (*hui*) cumplían en ese país. Al suprimir todo tipo de vida asociativa, independiente del partido, el nuevo régimen creó una parálisis que no puede seguir manteniendo si quiere que la sociedad china se modernice. A estas alturas el régimen parece haber comprendido esto, pero si es cierto que ha aflojado algo su control no lo ha hecho de ninguna manera sin aprensión. Un conocido mío que trabajó durante años en XI'an (Sian) me contó que hacia 1979 u 80, cuando las autoridades admitieron la creación de sociedades de estudio y de asociaciones culturales, solamente en esa ciudad surgieron en unos cuantos meses casi seiscientas; las autoridades se sintieron desbordadas. Este fenómeno plantea un problema que el viejo régimen había sabido resolver y que el nuevo régimen se verá también obligado a resolver.\*

### Problemas actuales

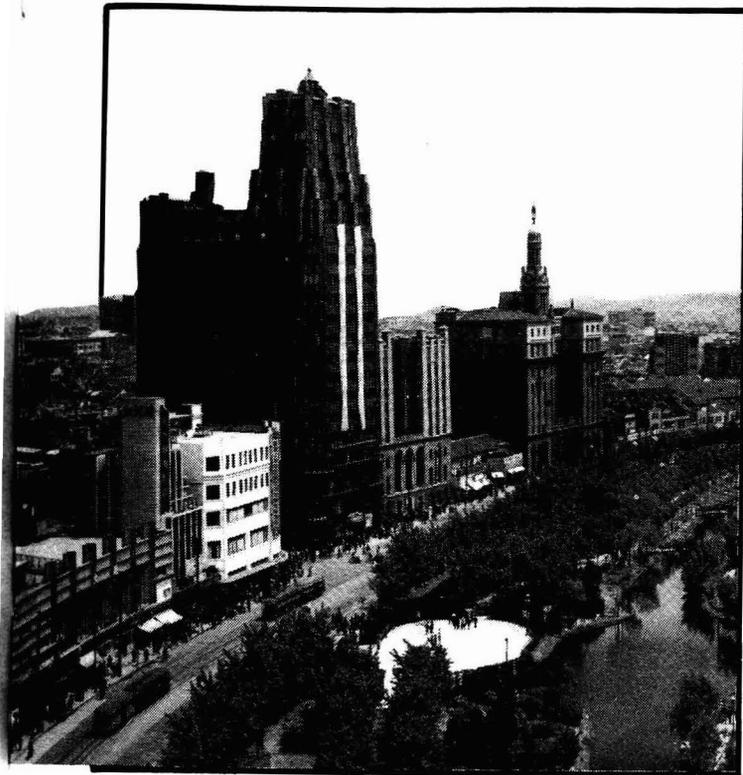
La dirección actual del partido se ha dado cuenta afortunadamente de la gravedad que presenta el problema de los intelectuales y ha adoptado, para resolverlo, un cierto número de medidas. También podemos alegrarnos porque ya ha tomado o está a punto de tomar algunas medidas más en algunos otros terrenos. Me refiero, por ejemplo, a un sistema que entró en vigor hace algún tiempo en unas cuantas de las grandes tiendas de Pekín y de algunas otras ciudades; se trata del sistema de la participación de todo el personal en los beneficios de la empresa, o en los muy profundos cambios que se han producido en el campo: el sistema de las comunas ha sido totalmente desmantelado, las estructuras administrativas previas a la colectivización están siendo resucitadas, la autonomía económica de los campesinos está siendo en gran medida restaurada. Estas decisiones no aparecen en primera plana en nuestros periódicos, y nuestro público no aprecia cabalmente su importancia. Sin embargo, si es que se da un mínimo de estabilidad política que permita que estas decisiones den todos sus frutos, las probabilidades de que provoquen una profunda evolución en el país son considerables.

Desgraciadamente, ni dispongo de la información necesaria para presentar una tabla que describa estas nuevas tendencias, ni las he estado observando desde una perspectiva correcta indispensable para entenderlas bien. Lo que percibo me sugiere, sin embargo, las siguientes reflexiones que me conformo con proponer a modo de conclusión: el partido no puede comprometerse con la vía de la modernización sin permitir el rejuergo de un gran número de mecanismos naturales a los que, hasta ahora, ha paralizado, sin dejar que los grupos y los individuos gocen de una libertad que les ha negado, sin permitirles a las fuerzas vivas de la sociedad que obedezcan lo que su propia dinámica les indique. El equipo dirigente de hoy ha aceptado este principio y está tratando de que el conjunto del partido también lo acepte. El problema es que su aplicación práctica da lugar a que surjan fenómenos frustrantes para los funcionarios, que los consideran amenazantes. Las distintas formas del mercado libre, cuyo desarrollo ha sido permitido por las autoridades y que son muy activas y llenan una función esencial, han provocado la aparición de toda una serie de fraudes y de especulación. Se ha hecho necesario que las municipalidades formen rápidamente inspectores capaces de hacer que se respeten los re-

<sup>5</sup> *Tanglū chutan*, de Yang Tingfu. Tianjin, 1982

<sup>6</sup> R. E. Huc, *L'Empire chinois*. Editions du Rocher, Monaco 1980; cf. 318 y s.

\* N.D.L.R.: El autor desarrolla su análisis en dos secciones: *Le carcan marxiste* y *Evolutions, résurgences* que se encuentran en el volumen por salir.



glamentos y que se proteja a los consumidores. Los periódicos han anunciado que, recientemente, la ciudad de Wuhan ha puesto a trabajar a más de un millar de estos inspectores. Este es un ejemplo de un problema nuevo que exigía que adoptaran medidas de tipo administrativo. La iniciativa que se les permitió tomar a los campesinos en el terreno económico está llevando a que nazca en el campo una clase de productores acomodados. Su desahogo económico suscita la codicia de aquellos que no poseen la misma energía, el mismo *know-how* o la misma suerte. En muchos lugares, los envidiosos recurren a la adulación, a la amenaza, a las novatadas, a la extorsión, a las confiscaciones, todo para aprovecharse de esta nueva riqueza. Estos envidiosos son campesinos menos favorecidos o funcionarios que se ponen de acuerdo para acusar a esos “nuevos ricos” por “haber restaurado el capitalismo en el campo”, y para justificar de este modo sus procedimientos. Fue necesario que el Ministerio de la Seguridad Pública interviniera y girara instrucciones acerca de la “protección de las familias que se enriquecieron gracias a su propio trabajo”.<sup>7</sup> Este es un ejemplo de un problema mucho más grave ya que concierne a la estructura económica y social. Hoy ya se admite oficialmente que la empresa privada es un “complemento necesario” de la economía de Estado y de la economía colectiva, pero la prensa hormiguea de ejemplos que muestran la forma en la que, a nivel local, los funcionarios le ponen freno a la iniciativa privada. Fue necesario, por ejemplo, que el *Diario del Pueblo* se convirtiera en varias ocasiones en el defensor de los camioneros que se pusieron a trabajar por cuenta propia: “Si algunos no entienden el papel de una actividad como ésta —podía uno leer en sus columnas— es porque aún no se han liberado de la concepción estereotipada del socialismo. A su manera de ver —continuaba el diario— el socialismo no puede ser más que una propiedad pública. No entienden

<sup>7</sup> Cf. *Zhengming*, No. 68, junio de 1983, pp. 48-51

que en la sociedad socialista, ni la economía ni el comercio estatal pueden hacerlo todo”.<sup>8</sup> Esta última frase, repleta de sentido, está también lejos de ser aceptable para todo el mundo. La mentalidad de muchos funcionarios los llevaría más bien a afirmar que lo que le economía y el comercio de Estado no pueden cubrir, no debe ser cubierto por nadie y punto —sean cuales sean las consecuencias.

A los problemas administrativos y socioeconómicos que acabo de ejemplificar se añaden los problemas de orden político e institucional. Mencionaré solamente la corrupción y la criminalidad económica practicadas en todos los niveles y que constituyen una de las mayores preocupaciones de sus dirigentes. Ellos quisieran combatirlos pero no cuentan con los medios necesarios para hacerlo ya que el partido nunca ha reconocido el principio de la independencia del derecho y de la justicia, ni tampoco, como es obvio, el de la independencia de la prensa. Ahora bien, tanto la pequeña como la gran delincuencia económica se alimentan en forma directa de la liberalización actual y de la apertura de China hacia el exterior, y parecen crecer junto con ellas.

Estos y muchos otros problemas más son desconcertantes para un partido que se había acostumbrado a pensar que la realidad social debía estar siempre sometida a la primacía de lo político y al esquema de la ideología revolucionaria a quien él sirve de guardián. Parecería ser que los problemas actuales crean, en una parte de los funcionarios, no solamente perplejidad y desconfianza, sino también el miedo a lo desconocido, la voluntad de ponerle freno, cueste lo que cueste, a una evolución que amenaza con rebasarlos y, finalmente, inclusive la voluntad de dar marcha atrás. Entre los reformadores y estos funcionarios se está celebrando una competencia cerrada y compleja. Y si, a causa de quién sabe que cambio profundo, estas fuerzas fuesen las llamadas al triunfo, el régimen se inmovilizaría y se volvería muy pronto tan visceralmente conservador como el de la Unión Soviética; renunciaría definitivamente a promover reformas, a contribuir a la solución de los problemas que agobian a la sociedad, y no les dejaría a los ciudadanos más que esa vergonzosa forma de libertad que les permite arreglárselas utilizando las vías más o menos legales para corregir los vicios del sistema.

Aquellos a quienes he llamado “reformadores”, se han comprometido por su parte en llevar adelante una empresa que presenta enormes dificultades y cuyo desenlace sigue siendo incierto aún en el caso de que éstos logren permanecer en el poder y de que logren que la mayor parte del partido adhiera a sus puntos de vista. La enormidad de esta tarea se debe a la enormidad de los problemas que necesitan ser resueltos, a los problemas seculares de China y a aquellos que la evolución reciente ha añadido a los demás. Pero se debe también a los medios. Para resolver todos estos problemas habría que invertir en ello todos los recursos de los que dispone el pueblo chino y aquellos de los que podrá disponer mañana, pero no solamente al nivel del trabajo, al de la innovación económica y técnica y al de la investigación científica, sino también y sobre todo —todo está íntimamente relacionado— al nivel intelectual, moral y espiritual. ¿Hasta dónde podrá llegar esta labor sin que amanezca la gigantesca coalición de intereses cuya resultante es precisamente este poder? Y, por otra parte, ¿llegarán los innovadores a manejar realmente las concepciones superiores que les serían necesarias para presidir la ejecución de esta gran tarea? Éstas son, a mi juicio, las dos preguntas claves.

<sup>8</sup> *Le Monde*, 16 y 17 de enero de 1983